Sergio Bufano y su teoría sobre la violencia política en la Argentina

Marcela Crespo Buiturón

"(…) Sabemos, o deberíamos saber, que cada reducción de poder es una abierta invitación a la violencia; aunque solo sea por el hecho de que a quienes tienen el poder y sienten que se les desliza de sus manos, sean el Gobierno o los gobernados, siempre les ha sido difícil resistir a la tentación de sustituirlo por la violencia".
Hannah Arendt, *Sobre la violencia*.

I. Introducción

Sergio Bufano formó parte, durante su exilio en México, de un grupo de intelectuales argentinos –provenientes de la izquierda peronista y del marxismo, nucleados en torno a la revista *Controversia* (editada allí entre los años 1979 y 1981)–, que se autodenominaban "Los Reflexivos": Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula, Oscar Terán, Sergio Bufano, Nicolás Casullo, Sergio Rubén Caletti, Héctor Schmucler y José Aricó. De entre ellos, resultan especialmente peculiares las propuestas de Nicolás Casullo y Sergio Bufano, porque han incursionado tanto en el ensayo como en la narrativa, entablando diálogos fructíferos entre dichos géneros, a partir de dos ejes vertebradores de sus reflexiones: *la violencia política* y *la memoria del exilio*.

El primero de esos ejes, la violencia política en la Argentina, ha sido tratado con mayor énfasis y persistencia por Sergio Bufano, particularmente lo referido al análisis de los discursos que pretendían legitimarla. En un abordaje semejante de la cuestión, cobra especial importancia, sin duda, la relación entre violencia y política.

Curiosamente, Bufano ha quedado fuera de todos los cánones literarios del exilio que pudieran pensarse (no está en el académico, ni en el editorial, ni en el pedagógico...), lo cual resulta, en principio, bastante extraño, porque siendo periodista y narrador, trabajó para varios medios de comunicación en

la Argentina, tales como *La Prensa*, *Cuatrorrubias* o *Crónica*; y en México, se desempeñó como jefe de redacción de la sección latinoamericana del *Le Monde Diplomatique* y como asesor de la Secretaría de Prensa de la Presidencia de México. Actualmente, codirige el sello Ejercitar la Memoria, dedicado al ensayo político y social. En narrativa, es autor de *Cuentos de guerra sucia*, por el que recibió el Premio Nacional Bellas Artes de México y la Casa de Cultura de San Luis Potosí (1983), y *Harpías y Nereidas*. *Pasiones y muertes en los setenta* (2007); en 2012, la editorial RBA de España publicó su primera novela: *Una bala para el comisario Valtierra*. Y aún inédita, acaba de terminar su segunda novela, *El dinero de los muertos*.

Lo cierto es que los años en el exilio mexicano le permitieron, no solo a Bufano, sino al grupo de Los Reflexivos, realizar una suerte de relevamiento de la problemática identitaria argentina, en un balanceo riesgoso entre la posibilidad de reflexión y conocimiento y el dolor por el desgarro y la derrota. Esta última sería el lema de la revista *Controversia* y el punto de vista epistemológico desde el cual Bufano elabora su teoría sobre la violencia política, que va desarrollando en sus ensayos, pero con formas especulares en su narrativa del exilio.

Para pensar esta problemática en su obra, pondré en situación de diálogo dos de sus textos: el primer ensayo publicado en *Controversia*, en el número 1 de 1979 bajo el título "La violencia en Argentina: 1969-1976", y su primera novela, *Una bala para el comisario Valtierra*, de 2012, por entender que condensan ese diálogo entre la ficción narrativa y el ensayo y plantean de manera esclarecedora la postura de Bufano sobre la violencia política.

Asimismo, complementaré dicho diálogo con lecturas cercanas, prácticamente contemporáneas, de ese ensayo escrito durante su exilio en México (en especial, Arendt y Sartre) y con otras, muy poco posteriores a la publicación de la novela (sobre todo, Hilb y Muchnik).

Entiendo así que la postura de Bufano sobre la violencia política no es un hecho aislado, sino un discurso que interactúa con otros anteriores y posteriores.

II. Un mapa de recorridos sobre la violencia política

El ensayo de Bufano comienza aclarando el punto de vista que signará, luego, toda su producción:

> El presente artículo se propone analizar desde una perspectiva crítica el proceso de violencia iniciado en 1969, con la manifestación pública de las primeras acciones armadas, hasta fines de 1976, fecha iniciadora de la culminación de una derrota que comenzó en enero de ese año, esto es, pocos meses antes

> del golpe militar del 24 de marzo. (…) Intencionalmente se soslayarán los movimientos de violencia de masas y se centrará la atención en la violencia organizada, (…) lo que nos interesa es determinar la propia dimensión que adquirió la lucha armada organizada como propuesta política para la sociedad civil, la corrección e incorrección de su praxis, la influencia efectiva que alcanzó sobre las masas y las posibles causas de la derrota (Bufano, 1979: 16).

En estas primeras palabras, se vuelven evidentes dos puntos fundamentales de su postura: la perspectiva crítica y la derrota. Pareciera que, tanto para Bufano como para el resto de Los Reflexivos, solo se puede adoptar la primera, asumiendo la segunda. Por ello, Jorge Tula escribe en el editorial de aquel primer número de la revista:

> Muchos de nosotros pensamos, y lo decimos, que sufrimos una derrota, una derrota atroz. Derrota que no solo es la consecuencia de la superioridad del enemigo sino de nuestra incapacidad para valorarlo, de la sobrevaloración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política (Tulla, 1979: 2).

Y, años después, en 2009, cuando Bufano publica la versión facsimilar de la revista en Ejercitar la memoria, la editorial que codirige actualmente, el mismo Tula comenta:

> Ya este párrafo originó cierta controversia entre la poblada colonia de argentinos exiliados. (…) Hacerse cargo de una derrota fue señalado como *derrotismo*.[1] Y justificó la elección del título de la revista… (Tulla, 2009: 5).

Más de treinta años después, Bufano y Cacho Lotersztain, coeditores de la revista *Lucha armada en la Argentina*, siguiendo el mismo afán crítico en el examen de la violencia política en la Argentina, escriben en el editorial del anuario:

> Seguimos creyendo que es necesario evitar la narración de una historia encerrada en la autocomplacencia y la justificación de todos y cada uno de los actos realizados por las organizaciones político militares durante la década del setenta. La apuesta a una revisión crítica del pasado sigue tan vigente como cuando iniciamos esta aventura editorial… (Bufano y Lotersztain, 2010: 1).

1. Las cursivas de esta cita están en el original.

En esta línea, Bufano hace, en aquel ensayo de 1979, un relevamiento del espectro político de ese recorte temporal (1969-1976) y piensa las propuestas que tienen en común las diversas facciones del Partido Comunista, el Socialista, el Radical, el Trotskismo y el Movimiento Revolucionario Peronista, las cuales sintetiza en dos aspectos: el carácter socialista de la revolución y la inevitabilidad de la violencia como método de acceso al poder.

Para Bufano, la violencia para aquellas formaciones se mantiene, en los primeros tiempos, aún distante de la política real y de las necesidades de las masas:

> ¿Qué es lo que se disputa? Un centro universitario, la librería de alguna facultad o el derecho a repartir volantes durante los actos masivos del 17 de Octubre y el 1 de Mayo. La violencia, como instrumento de formación política y militar de las masas, aún es ajena a ellas (Bufano, 1979: 16).

Se alinea así con la postura de Regis Debray –que había planteado en sus *Ensayos sobre América Latina* (1976)–, en cuanto a la disociación entre la guerrilla y la población civil, lo cual suponía una de las principales razones de la derrota de los intentos foquistas de los primeros años.

En un trabajo reciente, Daniel Muchnik se pregunta cómo se pasa de la reflexión intelectual a la lucha armada y, para pensarlo, comenta el caso de un sociólogo de la Universidad de Buenos Aires, Marcos Schlajter: "Hombre de gran capacidad y especial talento y cultura, a quien no se lo conocía como deportista ni como practicante de tiro al blanco. Pocos meses después nos enteramos de que formaba parte de la guerrilla de izquierda que ya había sido detectada en Salta" (Muchnik y Pérez, 2013: 17). Y recoge la misma idea de Debray y Bufano: "¿Creía realmente que estaban dadas las condiciones económicas, políticas y de consenso de la sociedad…? (Muchnik y Pérez, 2013: 18). Se impone así la visión de una lucha armada como "iluminación que enceguecía y taponaba la racionalidad" (Muchnik y Pérez, 2013: 35).

En este sentido, y volviendo a Bufano, en su ensayo la reflexión sobre los discursos dogmáticos de estos movimientos revolucionarios va adquiriendo, progresivamente, más envergadura:

> En todos los casos el discurso es el mismo: se trata de un foco que actuará como "detonante" de las luchas sociales y que servirá como ejemplo para las masas. El objetivo principal será "la destrucción del potencial militar enemigo"… (Bufano, 1979: 17).

Dos experiencias externas fueron de gran influencia para estos movimientos foquistas: las de Brasil y de Uruguay. "En ambos casos, la lucha se reduce –insiste

Bufano– a una demostración de capacidad e ingenio militar sobre las fuerzas represivas del estado" (Bufano, 1979: 17). Evidentemente, el problema que enfatiza Bufano es que la influencia de estas dos experiencias en las organizaciones revolucionarias argentinas fue más de orden técnico-militar que político.

Lo que se pone en juego, en el fondo, es una cuestión que atraviesa las reflexiones de Bufano y de otros intelectuales que han pensado la violencia política: ¿es posible la segunda, es decir, la política, cuando irrumpe la primera (la violencia), tanto en su carácter reactivo como racionalizado (siguiendo en estas categorías lo propuesto por Hannah Arendt)?

La violencia reactiva y sus consecuencias, desde luego, no pueden evaluarse *a priori* –eso las convertiría en planificadas, racionalizadas–, sino que solo podrán ser pensadas por quienes integran el mundo compartido del actor de dicha violencia. Uno de los problemas fundamentales de este tipo de violencia –surgida como respuesta a la imposibilidad de la política– es que, aunque la mayoría de las veces pretende restablecer la posibilidad de esta última, suele contribuir a desencadenar un círculo de violencia mayor.

La violencia racionalizada, en cambio, se propone como sustituta de la política y posee un carácter fuertemente instrumental. Al respecto, Claudia Hilb, estudiosa de la obra de Arendt y de la violencia política en la Argentina, resume:

> En rigor a la verdad, no hay propiamente "común" para la acción violenta; hay fuerzas en pugna por un objeto a conquistar. Para la violencia que se propone como sustituto de la política, el poder no se despliega en una escena plural, sino que aparece como un lugar a ocupar, como una fortaleza a poseer (Hilb, 2013: 23).

Continuando la línea de pensamiento de Arendt, entra en diálogo Bufano, quien reflexiona sobre el momento en el que la lucha política, que se había mantenido en el ámbito universitario, se convierte en lucha militar.

Puede deducirse, entonces, que la violencia se entiende como un método racionalizado, utilizado con un objetivo concreto: la toma de poder. De esta manera, la institucionalidad democrática no es percibida ni declarada como una virtud esencial, sino que se convierte en una forma de legalización de aquella.

Asimismo, se ha discutido en muchas oportunidades la reformulación de la tesis de la vanguardia leninista en términos de vanguardia armada. La primera (leninista), ya un tanto alejada de la legitimación de la mayoría, pasa a la segunda (armada) adoptando una lógica de enfrentamiento de carácter militarizado. Pero también hay que recordar, insisto en ello, que surgieron varios episodios de violencia reactiva, tendientes a restituir la política.

A partir de que comienzan a aparecer formas de violencias masivas inéditas hasta el momento en Córdoba, Rosario, Tucumán, Corrientes, Bufano sostiene:

> Se trata de brindar una imagen de que [la violencia organizada] no esté asociada con la muerte y sí con la justicia popular; simultáneamente se trata de demostrar que la hegemonía de la violencia, que siempre se reservó la clase dominante, puede ser disputada (Bufano, 1979: 17).

Nuevamente, vuelve a aparecer la idea de la violencia instrumental tendiente a conseguir la toma de poder mencionada antes. También, en gran medida, la sensación y experimentación del poder que se perciben en una acción violenta reactiva convocan una repetición racionalizada.

La propuesta de Bufano, entonces, es revisar los discursos de esta nueva izquierda, tanto de esa primera instancia en la que se mantenían alejados de la clase obrera, como en la segunda, en la que las organizaciones revolucionarias eran tenidas en cuenta por las luchas de la clase obrera, que veían que las patronales cedían ante la violencia de las organizaciones revolucionarias:

> (…) la lectura que se realiza de la situación política es la siguiente: la dictadura militar se encuentra en retroceso, las fuerzas revolucionarias hemos crecido numéricamente, el prestigio alcanzado en la clase obrera y las capas medias es cada vez mayor, las organizaciones revolucionarias juegan, por primera vez, un papel protagónico en la lucha de clases, aunque divididos contamos con una fuerza militar considerable y, finalmente, la sociedad civil ha comprendido que la violencia revolucionaria es el recurso natural para enfrentar al Estado (Bufano, 1979: 17).

Bufano recoge aquí las bases tópicas de los discursos imperantes en ese momento. Aunque no pareciera necesario, entiendo que es lícito aclarar, antes de continuar con este recorrido de revisión de los discursos de la izquierda, que la condena al terrorismo de Estado está fuera de discusión en la obra de Bufano. Reflexionar sobre los factores que se han constituido en determinantes de la derrota, sobre el dogmatismo alcanzado por los movimientos revolucionarios, no implica, como en varias oportunidades se le ha recriminado tanto a él como a otros miembros del grupo de Los Reflexivos, desde ningún punto de vista, ni un afán derrotista, ni una traición a los ideales que impulsaron la revolución; mucho menos una legitimación de la violencia estatal, o su equiparación con la violencia *insurreccional*. Es, como lo sostiene desde el comienzo, una intención de plantear una mirada crítica sobre la violencia política en la Argentina.

En *Una bala para el comisario Valtierra*, Bufano ficcionaliza, en una suerte de novela-ensayo, un recorrido por diversas posturas sobre la violencia. Así aparecen en las reflexiones del Inglesito, uno de los protagonistas, universitario revolucionario, las ideas de Carl von Clausewitz, militar y filósofo alemán, para quien la guerra es el medio por el que se alcanzan objetivos políticos o económicos y que da cuenta del carácter (débil o resistente) de una nación, según explica en su obra *De la guerra*, publicada post mortem en 1832. Bufano instala a este pensador en el comienzo del accionar político de su personaje:

> (…) recordó las lecturas iniciales de Clausewitz y el aburrimiento que le produjeron aquellas reuniones en las que se discutía la teoría militar. Había llevado los libros a su casa, los había revisado minuciosamente, frase a frase, sin alcanzar el entusiasmo que advertía en sus compañeros, aunque con un sentimiento de culpa que lo acosaba. Al fin y al cabo, ¿quién se creía él? ¿Acaso el aséptico que desdeña las tareas sucias que toda lucha de clases lleva implícitas? ¿El que solo bebe aguas transparentes mientras los demás se meten en el charco? (Bufano, 2012: 76).

La novela presenta a dos personajes que terminarán ambiguamente enfrentados: el comisario Valtierra, un torturador, jefe de la Sección Política de la Policía de Buenos Aires, y el Inglesito, un universitario cordobés, un idealista que participará por primera vez de una ejecución, justamente la del comisario. Desde el comienzo, ambos personajes se percibirán como transgresores de los estereotipos. Facetados, complejos, crearán un clima de duda permanente sobre la convicción y legitimidad de sus decisiones, y por momentos, también una profunda contradicción entre su pensamiento y su accionar militar.

El recorrido de reflexiones sobre la violencia continúa y es vasto. Pueden reconocerse fácilmente las páginas de Engels en el *Anti-Dühring*; de Hegel, en su *Introducción a la historia de la filosofía*; de Marx, en *El Capital*; de Sartre y Fanon, sobre todo de Sartre leyendo a Fanon y *Los condenados de la tierra*.

Justamente, en la *Crítica de la razón dialéctica*, Sartre examina la transformación de lo que llama grupos de fusión a los grupos organizados e identifica un sustrato que mantiene al grupo unido: el terror, advirtiendo sobre "la desaparición progresiva del interés común y la reaparición de antagonismos individuales" (Sartre, 1985: 528). En la cita consignada anteriormente de la novela de Bufano, se percibe al Inglesito constituyéndose en un personaje cuestionador –desde la duda, y recogiendo en gran medida la reflexión crítica sobre la violencia– de ese sustrato que fusiona al grupo guerrillero al que pertenece. A medida que se va acercando el momento en que debe participar de la lucha armada, el joven idealista va a ir intensificando este antagonismo, a pesar de no poder rebelarse.

La experiencia de la acción violenta en común parece animar al grupo e inscribirlo en una sensación de libertad que intensifica su unión. Pero en este punto es en el que se inscribe uno de los principales cuestionamientos de Bufano, porque es precisamente aquí donde percibe la amenaza de la alienación. En esta idea vuelve a aparecer el diálogo con Arendt, ya que para la pensadora alemana la ausencia de separación entre los hombres, su fusión en el grupo, es característica de los lazos no políticos, un atentado de destrucción del espacio político, ya que se opera una suerte de captura de aquella libertad en la organización del grupo. El alejamiento de la postura sartreana es inevitable, ya que demandaría el sometimiento de cada individuo al Uno del grupo, ergo, para Bufano, su pérdida identitaria.

A partir de estas lecturas y reescrituras, se impone una pregunta que ya Arendt se hacía en su ensayo *Sobre la violencia* (1969), obra con la que la teoría de Bufano entabla numerosos diálogos. La pregunta es: ¿qué viraje ha dado, entonces, la Nueva Izquierda con respecto al tema de la violencia? Para pensarlo, Arendt revisa las relaciones entre política, poder y violencia. Otro tanto hará Bufano, instalando la duda sobre la legitimidad y real operatividad de esta última y su preocupación por las consecuencias identitarias que conlleva en quien la ejerce:

> Cuando el Inglesito observa a su compañero Roberto, adiestrado y experimentado en la lucha armada, piensa que "le hubiera gustado ser como él". O mejor dicho, le hubiera gustado poseer esa experiencia pero sin perder su propia identidad, su manera de pensar, su recelo a la violencia (Bufano, 2012: 54).

Roberto, como paradigma de la convicción en la lucha armada, parece poner en acto las palabras de Sartre en el prólogo a *Los condenados de la tierra*, de Fanon:

> Nos servirá la lectura de Fanon; esa violencia irreprimible, lo demuestra plenamente, no es una absurda tempestad ni la resurrección de instintos salvajes, ni siquiera un efecto del resentimiento: es el hombre mismo reintegrándose. Esa verdad, me parece, la hemos conocido y la hemos olvidado: ninguna dulzura borrará las señales de la violencia; solo la violencia puede destruirlas. Y el colonizado se cura de la neurosis colonial expulsando al colono con las armas (Sartre, 1963: 12).

Luego de una sucesión vertiginosa de escenas, vemos al Inglesito, que mira su imagen en el espejo antes de salir a matar al comisario Valtierra y con "un gesto rápido, preciso, desenfundó un arma imaginaria y disparó tres proyectiles

a su imagen" en un capítulo titulado significativamente "Matar al espejo". En paralelo, el comisario, turbado e incómodo con los cambios que ha visto operarse en Buenos Aires, se pregunta, preso también de una acuciante duda: "¿Quiénes están arruinando este lugar? [enfrentándolo a] un campo de batalla en el que ya no reconocía calles ni edificios que hasta ayer habían sido propios". Y piensa: "Quizá ahora seamos otros, a lo mejor somos otros y todavía no nos hemos dado cuenta". Entonces Valtierra "tuvo ganas de regresar a épocas en que todo estaba claro, los malos eran malos y las cosas estaban en su lugar" (Bufano, 2012: 135). En ambos casos, queda instalado claramente, entonces, el conflicto identitario.

En definitiva, ambos personajes consideran que actúan de acuerdo con sus principios: Valtierra cree estar devolviendo el orden a un mundo descontrolado por una "nueva forma de delincuencia" cuyos fines se le escapan, mientras el Inglesito cree poner en acto las ideas que promoviera desde su discurso, pero ninguno de los dos parece convencido de que la irrupción de la violencia vaya a colmar las expectativas de sus deseos.

Ambos se sienten, en cierta forma, presos o *capturados* –diría Lefort en *La complication. Retour sur le communisme*– por sus organizaciones, que imponen sus discursos, que leen la realidad en su lugar, que dejan de ser un medio para alcanzar un fin para convertirse en un fin en sí mismo.

Preanunciándose insistentemente durante toda la novela, un frío despiadado se abate sobre la ciudad. La mañana en que el Inglesito matará a Valtierra, precedida por el insomnio que los ha asaltado a ambos, mientras escuchan el mismo nostálgico tango que evoca amores de otros tiempos, *Derecho viejo*, por la radio, "en el cielo, presagiando más fríos, las nubes se enredaban oscuras como pocas veces se había visto. El invierno amenazaba con no terminar jamás" (Bufano, 2012: 140). Lo que resulta significativo es que ambos personajes se perciban especulares con respecto a las consecuencias de las acciones que están llevando a cabo.

Esta especularidad de los personajes apunta también a desbaratar la ya muy comentada y cuestionada "teoría de los dos demonios", es decir, aquella que enfrentó y, en gran medida, equiparó el terrorismo de Estado con la violencia insurreccional. Resulta realmente interesante que Bufano utilice un recurso, que parecería reafirmar esta semejanza, justamente para evidenciar su inoperancia.

El comisario Valtierra y el Inglesito se proponen como personajes que ponen en tela de juicio la violencia política. Recogen la idea de que hubo una violencia reactiva, que hubo también un ánimo de restituir la posibilidad de la política, pero denuncian, asimismo, el límite sospechoso entre "restitución" y "sustitución". Al final de la novela, cuando se lleva a cabo el atentado contra el comisario, solo quedan en pie estos dos personajes. Los demás mueren en el enfrentamiento. En

medio de un profundo silencio, Valtierra no piensa en sus ejecutores, sino en el barrio y en su madre: "… imaginó que todos en el barrio habían muerto. Pensó en la vieja y rogó para que no saliera a la calle" (Bufano, 2012: 139). Poco antes, el Inglesito también piensa, en medio del mismo silencio, en su padre y en cómo este le dará la noticia de su muerte a su madre.

El Inglesito, tras chocar el auto en el que, con sus compañeros, persigue al comisario, sale tambaleante, "como si temiera caerse" (Bufano, 2012: 140). Resulta evidente que su vacilación no es solo física y que el diálogo final esconde un sinsentido del que no puede escapar (enfatizado en la frase "por decir algo"):

> Llegó hasta Valtierra y levantó el brazo con el arma, que ahora pesaba mucho más. Con el pulgar montó el percutor. El comisario alzó el rostro y lo miró. Alguien gritaba a lo lejos.
> —Usted es un torturador –dijo, por decir algo.
> —Y vos un mocoso de mierda (Bufano, 2012: 140).

Para Bufano, se vuelve imprescindible la reflexión sobre la relación entre violencia y política, que comienza en *Controversia*, continúa en *Lucha Armada en la Argentina,* la revista que coedita en Buenos Aires desde su regreso al país, y que ficcionaliza en su narrativa:

> El socialismo no es una religión, a pesar de muchos de sus adoradores. Si no se reconocen los errores cometidos en su nombre, más allá de la voluntad transformadora y generosa que impulsó a sus militantes, no podremos avanzar en la necesaria reflexión sobre la relación entre violencia y política, no podremos valorar la inestimable virtud de incluir las diferentes miradas, las infinitas memorias parciales, contradictorias, conflictivas, pero siempre saludables y enriquecedoras sobre una etapa de luchas, esperanzas, aciertos y errores que signaron nuestra historia (Bufano, 2010: 99).

También es lícito pensar un giro que se abre a partir de la reflexión acerca de la relación entre violencia y política, y sobre todo, de las consecuencias de la primera para la segunda: la imprevisibilidad del control de los efectos de la acción violenta para sus actores. Pero no se trata de un cuestionamiento moral, sino decididamente político.

Bufano no legitima ni atenúa, desde ningún punto de vista, la violencia ejercida desde el Estado terrorista: Valtierra no es presentado como un personaje inocente. Pero lo que queda claro es que se opera en él una alienación y una pérdida identitaria al ser *capturado* por la organización estatal, semejante a la que teme estar experimentando el Inglesito.

El arte imprime una nueva significación a las escenas, abre nuevos espacios de reflexión. Valtierra había sido trasladado a Contrainsurgencia: "Y junto con el pase llegó ese viaje a Centroamérica, que ya ni quería recordar" (Bufano, 2012: 86), como premio a su *fidelidad*. Mientras el recuerdo igualmente lo asalta, sintoniza en la radio la orquesta de Fresedo interpretando *Derecho viejo*. Al mismo tiempo, el Inglesito se prepara para la acción escuchando el mismo tango y "piensa en Roberto y en esa personalidad fuerte que muchas veces admira pero de la que también desconfía. No es posible, se dice, que le guste todo esto, algo debe funcionar mal en su cabeza…" (Bufano, 2012: 106). La negación al recuerdo del comisario y la desconfianza del Inglesito quedan así al descubierto entre los acordes de un tango…

Claudia Hilb, en el citado ensayo sobre los *Usos del pasado*, piensa que la sinceridad de los jóvenes en buscar un mundo más justo (el Inglesito, en la novela de Bufano) y en la posibilidad de que las fuerzas del Estado actuaran también en defensa de ciertos valores tradicionales de la nacionalidad, la familia y el orden (Valtierra), pero tiende a creer que "la mayoría de las veces la violencia sin contención moral del terror de Estado parece responder más al desborde de un aparato represivo que ha sido desafiado por la acción insurreccional que a una afirmación positiva de un conjunto de valores" (Hilb, 2013: 38-39).

Esta afirmación recuerda, tal vez, las palabras de Arendt que he elegido para el epígrafe:

> (…) sabemos, o deberíamos saber, que cada reducción de poder es una abierta invitación a la violencia; aunque solo sea por el hecho de que a quienes tienen el poder y sienten que se les desliza de sus manos, sean el Gobierno o los gobernados, siempre les ha sido difícil resistir a la tentación de sustituirlo por la violencia (Arendt, 2006: 118).

III. A modo de conclusión

¿Cuál es la finalidad de este tránsito y revisión de discursos que opera Bufano desde su escritura ensayística y desde su narrativa ficcional? Entiendo que construye, en sus textos, un cuestionamiento radical a la idealización de los fines que animan la lucha armada y de la totalización de sentido de los discursos que intentaron legitimarla. Pero no es un cuestionamiento moral, insisto, sino un planteamiento político.

Esta revisión, que no solo se opera sobre la violencia política en la Argentina, dialoga en otros ámbitos con diversas posturas ya comentadas en este trabajo y que pueden continuarse con las reflexiones recientes de Jean-Claude Milner (2009) sobre la revuelta de París del 68 en su libro *La arrogancia del presente. Miradas sobre*

una década: 1965-1975, por ejemplo, o que recuerdan las de Tzvetan Todorov en el momento mismo de dicha revuelta al intentar advertir a sus compañeros de los peligros de las propuestas socialistas que ellos tanto admiraban del régimen soviético.

También recuerda un episodio que se ha discutido enfáticamente hace poco más de diez años, a partir de la carta de Oscar del Barco, publicada en la revista *La Intemperie* en 2004, en la que sostenía:

> Se trata, por lo tanto, de asumir ese acto esencialmente irredimible, la responsabilidad inaudita de haber causado intencionalmente la muerte de un ser humano. (…) El principio que funda toda comunidad es el no matarás. No matarás al hombre porque todo hombre es sagrado y cada hombre es todos los hombres. La maldad, como dice Levinas, consiste en excluirse de las consecuencias de los razonamientos, es decir una cosa y hacer otra, el apoyar la muerte de los hijos de los otros y levantar el no matarás cuando se trata de nuestros propios hijos (Del Barco, 2004: 7-8).

Más allá de la conflictividad de las afirmaciones de Del Barco, que ocasionaron fogosas polémicas, quiero rescatar el gesto autocrítico de su postura, el cuestionamiento al discurso dogmático que tiende a legitimar la violencia, al que alude en sus palabras finales.

Este gesto, como el de Bufano, que intenta correrse de los dogmatismos, que también discute las polarizaciones y demonizaciones, no pretende –entiendo– deslegitimar la lucha en contra del terrorismo de Estado, sino reflexionar sobre los bordes filosos que separan la violencia reactiva de la racionalizada, las consecuencias impredecibles de las acciones emprendidas, la libertad experimentada en la lucha grupal frente a la amenaza de captura en la unidad de la organización, el riesgo de la alienación y la pérdida identitaria, entre otras cuestiones comentadas en este trabajo.

Construir una mirada plural, reflexiva y crítica en torno a la lucha armada en la Argentina, desde todos sus actores, legitimados o no por el discurso histórico, social, filosófico o literario, evitando discursos dogmáticos, peinando la historia a contrapelo, diría Benjamin, parece ser la propuesta de Bufano, y pensar desde allí la identidad del exiliado y, en definitiva, de los argentinos y su proyecto de nación.

Bibliografía

Arendt, Hannah (1969): *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza, 2006.

Bufano, Sergio: "El crimen de Novakovsky" en *Lucha armada en la Argentina*, Anuario 2010, 90-99.

— "La violencia en Argentina: 1969-1976", en *Controversia. Para el examen de la realidad argentina,* N° 1, octubre de 1979, 16-17.
— *Una bala para el comisario Valtierra,* Barcelona, RBA, Serie Negra, 2012.
Bufano, Sergio y Cacho Lotersztain: "Editorial", en *Lucha armada en la Argentina,* Anuario 2010, 1.
Debray, Regis: *Ensayos sobre América Latina,* México, ERA, 1976.
Del Barco, Oscar: "Carta de lectores", en *La Intemperie*, N° 17, diciembre de 2004, 7-9.
Hilb, Claudia: *Usos del pasado. Qué hacemos hoy con los setenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
Lefort, Claude: *La complication. Retour sur le communisme*, Paris, Fayard, 1999.
Milner, Jean-Claude: *La arrogancia del presente. Miradas sobre una década: 1965-1975,* Buenos Aires, Manantial, 2009.
Muchnik, Daniel y Daniel Pérez: *Furia ideológica y violencia en la Argentina de los 70*, Buenos Aires, Ariel, 2013.
Sartre, Jean-Paul: *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 2004.
— "Prefacio", en *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, 5-16.
Tulla, Jorge: "Editorial", en *Controversia. Para el examen de la realidad argentina,* N° 1, octubre de 1979, 2.
— "En el exilio mexicano", en *Controversia. Para el examen de la realidad argentina,* Edición Facsimilar, 2009, 5-6.